

siempre y con su cara de hombre de bien. Efectivamente, ni á su padre ni á nadie dijo nunca una palabra de aquella escena. Pero á partir de aquel día operóse en ella un cambio, como una relajación de su carácter arrogante. Tuvo caprichos, ratos de hastío, una contracción de desdén en su sonrisa, y á veces, contra su padre, cóleras instantáneas, una mirada de desprecio que le reprochaba el no haber sabido velar por ella.

—¿Qué es lo que tiene? decía Ruys; y Jenkins, con su autoridad de médico, lo atribuía á la edad y á alguna perturbación física. Por su parte evitaba dirigir la palabra á la joven, contando con el tiempo para desvanecer la siniestra impresión, y no desesperando todavía de alcanzar lo que quería, porque seguía queriendo, entonces más que nunca, presa de un furioso amor de hombre de cuarenta y siete años, de una pasión incurable de edad madura; castigo merecido de aquel hipócrita... Ese singular estado de su hija fué un verdadero pesar para el escultor; pero fué un pesar que duró poco. De repente Ruys se extinguió, se desplomó de un solo golpe, como todos los que medicaba el irlandés. Su postrera palabra fué: «Jenkins, os recomiendo mi hija.»

Eran tan irónicamente lúgubres estas palabras que Jenkins, presente á la agonía, se sintió palidecer...

Felicia quedó más estupefacta que adolorida. Al asombro de la muerte que no había contemplado nunca y que se ofrecía á sus ojos en unas facciones tan queridas, se unía el sentimiento de una soledad inmensa cercada de tinieblas y de peligros.

Reuniéronse en consejo de familia unos cuantos amigos del escultor para deliberar acerca del destino de aquella infeliz muchacha sin padres y sin fortuna. Cincuenta francos fueron todo lo que se encontró en el cofrecillo donde Sebastián guardaba su dinero y que tenía en un mueble del taller, familiar á los menesterosos y por ellos visitado sin escrúpulo. Ninguna otra herencia, por lo menos en metálico: únicamente un mobiliario de arte y de curiosidad de los más suntuosos, algunos cuadros de precio, y unos cuantos créditos diseminados que apenas bastarían á cubrir sus innumerables deudas. Hablóse de organizar una venta. Felicia, consultada, respondió que tanto le importaba que vendiesen como que no, pero, por Dios, que la dejaran tranquila.

La venta, con todo, no se efectuó, merced á la madrina, á la buena Crenmitz, á quien vieron comparecer de repente, tranquila y apacible como de costumbre.

—No les creas, hija mía, no vendas nada. Tu vieja Constanza tiene quince mil francos de renta que guardaba para ti. Los tendrás desde luego. Viviremos juntas aquí mismo. Ya verás cómo no soy muy pesada. Tú te ocuparás en tu escultura, yo cuidaré de la casa. ¿Te parece bien?

Lo decía con tanta ternura, con ese ceceo infantil de los extranjeros cuando hablan francés, que la joven se sintió profundamente conmovida. Su corazón petrificado se abrió, lágrimas ardientes desbordaron de sus ojos, y se arrojó, mejor, se abismó en los brazos de la anciana bailarina.

—¡Ah, madrina! cuán buena eres; sí, sí, no me dejes... Quédate siempre á mi lado... La vida me da miedo y asco... ¡Hay tanta hipocresía, tanta falacia!

Y la anciana se arregló un nido sedoso y bordado en aquella morada que semejava un campamento de viajeros cargados de tesoros de todos los países, estableciéndose la vida en común entre aquellos dos temperamentos tan distintos.

No era por cierto poco sacrificio el que hacía Constanza por su caro diablillo, al abandonar por París, al cual tenía horror, su retiro de Fontainebleau.

Desde el día en que la bailarina de extravagantes caprichos, por cuyos dedos abiertos tantos millones se escurrieran, y que conservaba en los ojos algo del deslumbramiento de las apoteosis, había tratado de entrar otra vez en la vida normal y de administrar sus escasas rentas y el exiguo tren de su casa, habíase visto envuelta en un cúmulo de explotaciones descaradas, de abusos nada difíciles con la inexperiencia de aquella mariposa asustada de la realidad y dándose de cabezadas contra todas sus dificultades desconocidas. Una vez en casa de Felicia, su responsabilidad subió de punto á causa del derroche instalado de antiguo por el padre y continuado por la hija, dos artistas nada aficionados al ahorro. Ni fueron estas las únicas dificultades que hubo de vencer. El taller se le hacía insoportable con su vaho permanente de tabaco, con la nube, impenetrable para ella, en que se envolvían las discusiones sobre arte, las teorías más descabelladas, fluctuantes y esplendorosos torbellinos que acababan

infaliblemente por darle jaqueca. Lo que la apuraba principalmente era la chispa. En su calidad de extranjera, de antigua deidad del salón de descanso de las bailarinas, nutrida de requiebros añejos, de galanterías á lo Dorat, quedábase en ayunas la mayor parte de las veces, y se espeluznaba al oír las frenéticas exageraciones, las paradojas de aquellos parisienses refinados por la libertad del taller.

Á ella, que no había tenido otra agudeza que la levedad de sus pies, aquella jerga la intimidaba, la reducía á la condición de simple ama de llaves; y al ver á la amable viejecita, silenciosa y risueña, instalada junto á la transparente rotonda, haciendo calceta como una menestrala de Chardin, ó subiendo apresuradamente, con la cocinera al lado, por la larga calle de Chaillot donde estaba establecido el mercado más próximo, nadie imaginara que aquella buena mujer hubiese tenido un día á reyes, príncipes, magnates, banqueros, rendidos por el amor á los caprichos de sus pasos de punta y de sus bailables.

París está lleno de esas estrellas apagadas, caídas otra vez entre el vulgo.

Algunos de esos ilustres, de esos triunfadores de otros tiempos, conservan cierto despecho en el fondo de su corazón; otros, al revés, saborean con toda beatitud su pasado, digieren en un inefable bienestar todas sus gloriosas alegrías acabadas para siempre, no pidiendo más que reposo, silencio, sombra á cuyo abrigo recogerse y recordar, de tal suerte que cuando fallecen, extraña el saber que aún vivían.

Constanza Crenmitz era de estos felices. No cabe imaginar una familia más curiosa que la que constituían aquellas dos artistas, tan niñas la una como la otra, poniendo en común la inexperiencia y la ambición; la tranquilidad de un destino cumplido y la fiebre de una vida en el hervor de la lucha, todas las diferencias, visibles hasta en el porte tranquilo de la anciana, blanca como rosa desteñida, en cuyos vestidos de telas claras parecía reflejarse aún el resplandor de la bengala, y en aquella morena de líneas correctas, cuya belleza se envolvía casi siempre en telas oscuras, de pliegues sobrios, que le daban á modo de un sello de virilidad.

Lo imprevisto, el capricho, la ignorancia de las cosas más insignificantes engendraban en los recursos de aquella familia

un desorden extremado que no volvía en sí muchas veces más que á fuerza de privaciones, de despidos de criados, de reformas que por lo exageradas daban risa. Durante una de estas crisis, Jénkins había hecho ofertas veladas, discretas, que Felicia rechazó con aspereza.

—Haces mal, le decía Constanza, en aporrear de tal manera á ese pobre doctor. Al fin y al cabo lo que ha hecho no tiene nada de ofensivo. Es un antiguo amigo de tu padre.

—¿Él, amigo de alguien?... ¡Vaya un maulón!

Y Felicia, pudiendo apenas disimular, traducía su rencor en ironía, parodiaba á Jenkins, su aire marrullero, la mano en el corazón; luégo, hinchando los carrillos, en voz hueca, rebosando en falaces efusiones:

—Seamos humanos, seamos buenos... El bien sin esperanza... ¡ahí está todo!

Constanza, aun sin querer, se moría de risa, tal era el parecido.

—No le hace, eres para con él demasiado dura... Acabará por no venir.

—Sí, ya... contestaba un movimiento de cabeza de la joven.

Con efecto, volvía siempre, melindroso, amable, disimulando su pasión que no resollaba sino cuando la despertaban los celos de algún nuevo amigo, colmando de atenciones á la ex-bailarina á la cual no disgustaba del todo á pesar de su melosidad y quien reconocía en él á un hombre de sus buenos tiempos, de aquellos tiempos en que al acercarse á una mujer lo primero que se hacía era besarle la mano y echar una florilla á la belleza de su semblante.

Una mañana, Jenkins se presentó á la hora de su visita y encontró á Constanza sola y desocupada en la antecámara.

—Ya lo veis, doctor, estoy de guardia, dijo tranquilamente.

—¿Y cómo es ello?

—Nada, Felicia que está trabajando. No quiere que la distraigan, y como los criados son tan torpes, hago de centinela yo misma.

Y viendo que el irlandés se dirigía hacia el taller:

—No, no, no entréis... Me ha recomendado que no dejase pasar absolutamente á nadie.

—¿Ni á mí?

—Os lo suplico... Me reñiría.

Jenkins iba á retirarse cuando una carcajada de Felicia que se oyó al través de los cortinajes le llamó la atención.

—¿De modo que no está sola?

—No, hay el Nabab... Tienen sesión... para el retrato.

—¿Y á qué viene tanto misterio?... Es bien raro...

Y se echó á andar de arriba abajo de la pieza, furioso aunque conteniéndose.

Por fin estalló.

Era una inconveniencia inaudita permitir que una joven se encerrase sola con un hombre de aquella manera.

Le parecía imposible que una mujer tan formal como Constanza y que se tomaba tanto interés por ella... ¿Qué diría la gente?

La anciana le miraba con estupor. ¡Como si Felicia fuese una joven por el estilo de las demás! Y al fin, ¿qué peligro había de haber con el Nabab, un hombre tan formal, tan feo? Por otra parte, Jenkins sabía perfectamente que Felicia no pedía consejo á nadie y que obraba á medida de su voluntad.

—No, no, es imposible, yo no he de tolerar esto, dijo el irlandés.

Y sin hacer caso de la bailarina que levantaba los brazos al cielo como para tomarle por testigo de lo que iba á suceder, se dirigió hacia el taller; pero en vez de penetrar en él de sope-tón, entreabrió la puerta poco á poco, y apartó un extremo del tapiz, el cual le dejó ver una parte de la pieza, la parte precisamente en que estaba el Nabab, por más que á buena distancia.

Jansoulet, sentado, sin corbata, con el chaleco desabrochado, hablaba á media voz, con agitación. Felicia le contestaba con cuchicheos retozones. La sesión estaba muy animada... Luégo, silencio, crujido de faldas, y la artista, acercándose á su modelo, con ademán familiar, le bajaba el cuello de la camisa deslizando ligeramente la mano por aquella piel cur-tida.

Aquella máscara etíope, cuyos músculos se estremecían en la embriaguez del bienestar, con sus largas cejas caídas de fiera adormecida á la cual se arrulla, la atrevida silueta de la joven inclinada hacia aquel extraño rostro para medir sus proporciones, luégo un gesto violento, irresistible, zarpando

al vuelo la delicada mano y aplicándola á los gruesos labios encandilados; Jenkins vió todo esto como en la rojiza instan-taneidad de un relámpago...

Al ruido que hizo al entrar, los dos personajes recobraron sus respectivas posiciones, y á la intensa luz que deslumbraba sus ojos de gato en acecho, vió á la joven erguida frente á él, indignada, estupefacta: «¿Quién hay? ¿Quién es el que se atreve?» y el Nabab en el estrado, desabrochado el cuello, petrificado, monumental.

Jenkins, algo corrido, asustado de su mismo atrevimiento, balbuceó algunas excusas. Tenía que participar á M. Jansoulet una cosa muy urgente, una noticia de importancia y que no consentía dilación alguna... «Sabía por buen conducto que habría reparto de cruces el 16 de marzo.» Las facciones del Nabab, contraídas por un momento, se dilataron como por encanto.

—¡Ah! ¿de veras?

Y abandonó su postura... La cosa valía la pena, ¡qué diablo! La Emperatriz había encargado á Mr. de La Perrière, jefe de gabinete, una visita al asilo de Bethleem. Jenkins venía en busca del Nabab para llevarle á las Tullerías y quedar en el día. Esta visita á Bethleem, para él, era la cruz.

—Vamos, aprisa; querido doctor, estoy á vuestras órde-nes.

Ya no le pesaba que Jenkins se hubiese presentado en momento tan intempestivo, y anudaba febrilmente su corbata, olvidando por la nueva emoción el desconcierto de un momento antes, pues la ambición privaba en él sobre todo.

Mientras los dos hombres hablaban así á media voz, Felicia, inmóvil delante de ellos, hirviendo en cólera, fruncidos los labios por el desprecio, les miraba de hito en hito como diciendo: «Y bien, ¿no hay nadie aquí?»

Jansoulet se excusó de tener que interrumpir la sesión, pero una visita de la mayor importancia... Felicia sonrió con lástima.

—No le hace... en el punto en que estamos puedo trabajar sin modelo.

—¡Oh! dijo el doctor, sí, la obra está casi terminada.

Y añadió con aire inteligente:

—Bonito busto.

Y contando con este cumplido para ganarse la salida, procuró esquivarse con la cabeza gacha; pero Felicia le detuvo en tono imperativo:

—Quedaos... necesito hablaros.

En la mirada que le dirigió, Jenkins comprendió que era preciso ceder so pena de un estallido.

—Con permiso, querido... La señorita necesita decirme dos palabras... Mi cupé está en la puerta... Subid, que voy al punto.

Vuelto á cerrar el taller y al ruido de aquel andar pesado que se alejaba, miráronse entrambos frente á frente.

—Es menester que estéis ó loco ó ebrio para permitir una cosa como la que acabáis de hacer. ¿Cómo os atrevéis á entrar cuando yo no quiero recibir?... ¿Á qué esta violencia? ¿con qué derecho...

—Con el derecho que da la pasión desesperada é invencible.

—Silencio, Jenkins; proferís palabras que yo no quiero oír... Os dejo venir aquí por lástima, por costumbre, porque mi padre os quería. Pero no me volváis á hablar de vuestro... amor,—esta palabra la dijo muy quedo, como una mala palabra,—ó no volveréis á verme, no, aun cuando deba morir para librarme de una vez de vuestra persecución.

Un niño cogido infraganti no baja la cabeza con más humildad que Jenkins al contestar:

—Cierto... He faltado... Un momento de locura, de ceguera... Pero ¿por qué os complacéis en martirizarme de esta suerte?

—Sí, ¡lo que yo pienso en vos!...

—Que penséis ó que dejéis de pensar en mí, ello es cierto que yo estoy siempre aquí, que veo lo que pasa, y que vuestra coquetería me hace más daño del que podéis imaginar.

Felicia sintió que se le subían los colores á la cara ante semejante reproche:

—Yo, coqueta, y ¿con quién?

—Con esto... dijo el irlandés mostrando el busto simiesco y soberbio.

La artista se echó á reír:

—El Nabab... ¡qué disparate!

—No disimuléis... ¿Os figuráis acaso que soy ciego, que no comprendo todos vuestros manejos? Permanecéis sola con

él largos ratos.... Hace un instante yo estaba allí... Os veía... —y bajaba la voz como si le faltase el aliento... —¿Qué es, pues, lo que os proponéis, mujer extraña y cruel? Os he visto rechazar á los más hermosos, á los más nobles, á los más grandes. Ahí está el barbilindo de Géry que os devora con la vista, y vos como si tal cosa. El duque de Mora mismo no ha logrado rendir vuestro corazón. Y llega éste, que es horrible, que es vulgar, que ni se acordaba de vos, que piensa en todo menos en el amor... ¿Habéis visto cómo se ha ido?... ¿Cuál es, pues, vuestro intento? ¿qué es lo que aguardáis de él?

—Quiero... quiero que se case conmigo. ¿Estáis satisfecho?

Y con toda frialdad, en tono más suavizado, como si semejante confianza le hubiese acercado á aquel á quien tanto despreciaba, se puso á detallar sus motivos. La vida que llevaba no tendría salida. Tenía afición al lujo, al derroche, hábitos desordenados que no sabía vencer y que la arrastrarían fatalmente á la miseria, á ella y á la buena Crennitz, la cual se dejaba arruinar sin abrir boca. Dentro de tres, de cuatro años, todo acabaría. Y entonces las trampas, las deudas, los harapos y el andar en chancleta de los artistas pobres. Ó bien el amante, el explotador, esto es, la servidumbre y la infamia.

—Pero vamos á ver, dijo Jenkins... ¿Y yo? ¿no me tenéis siempre á mí?

—Todo antes que vos, repuso ella irguiéndose... No, lo que necesito, lo que yo quiero, es un marido que me defienda de los demás y de mí misma, que me guarde de una porción de cosas negras de que yo misma me espanto cuando me aburro, de los abismos en cuyo fondo siento que puedo precipitarme, á quien que me ame mientras trabajo, y sustituya á mi pobre viejecita cuyas fuerzas se agotan... Este me conviene, y desde que le conocí pienso en él. Es feo, pero tiene cara de bondad; además es inmensamente rico, y la fortuna, cuando es como la suya, ha de ser una cosa divertida... ¡Oh! Lo comprendo. Habrá en su vida alguna tacha que le habrá dado buena suerte. Tanto oro no puede haber sido acuñado por la honradez... Pero, vamos á ver, Jenkins, poneos la mano en el corazón, en ese corazón que invocáis con tanta frecuencia, ¿creéis que pueda yo ser una esposa muy tentadora para un hombre de bien? Y si no... decidme: de todos estos que solicitan el venir aquí como un privilegio, ¿cuántos han

pensado en pedir mi mano? ni uno tan sólo. De Géry lo mismo que los demás... Seduzco, pero doy miedo... Y se comprende... ¿Qué es lo que puede esperarse de una muchacha criada como lo he sido yo, sin madre, sin familia, revuelta entre los modelos, entre las queridas de mi padre?... Y qué queridas ¡santo cielo!... Y por único protector á Jenkins... ¡Oh! cuando pienso... cuando pienso...

Y del fondo de estas memorias ya lejanas iban surgiendo recuerdos que subían de tono su cólera.

— Sí, ¡acabemos! Nací de una aventura y sólo me sienta bien por marido un aventurero como éste.

— Cuando menos aguardaréis á que quede viudo, contestó Jenkins tranquilamente... Y en este caso corréis el peligro de tener que aguardar mucho rato porque su Levantina, á lo que parece, goza de una salud inmejorable.

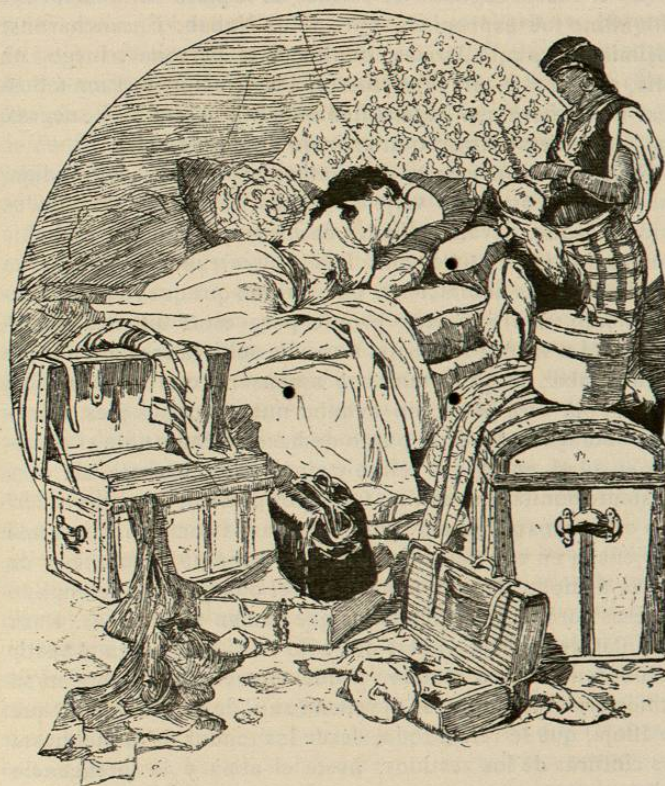
Felicia Ruys se puso blanca como la cera.

— ¿Está casado?

— Casado, sí, y padre de un batallón de chiquillos: hace dos días que ha desembarcado toda la tribu en peso.

Felicia quedó aterrada por un instante, mirando en el vacío, con una convulsión en las mejillas.

Frente por frente á ella, la ancha mascarilla del Nabab, con su nariz remachada, su boca bonachona y sensual, respiraba vida y verdad en los reflejos de la arcilla. La artista la contempló un instante, luego dió un paso, y con un gesto de repulsión arrojó al suelo, con su peana y todo, el bloc reluciente y graso que cayó aplastado, hecho un montón de lodo.



VII.

JANSOULET EN SU CASA.

CASADO, lo estaba hacía doce años, pero no se lo había dicho á ninguno de los de su camarilla parisiense por una costumbre oriental, el silencio que guardan con respecto al gineceo las gentes de aquellos países. De repente se supo que iba á venir la señora, y que tenían que arreglarse habitaciones para ella, los niños y las criadas. El Nabab alquiló